

fesara, al punto se quedaba dormido. Así se pasaron los tres días, hasta que al cabo de ellos, sin la menor señal de penitencia, dió su alma á los demonios, que en figuras de unos perror muy negros, en muchos dias no se apartaron de su sepulcro. De estos avisos ya yo he visto darlos á muchos, y los he llorado en no pocos católicos. Yo bien sé que Dios nunca me faltará con sus auxilios; pero no sé si á la hora de la muerte corresponderá mi perversa voluntad á sus auxilios para alcanzar su gloria.

---



---

## PLATICA XX.

DE LA CARIDAD.

—  
 A 30 de Junio de 1690.  
 —

Como entre los metales se aventaja de precio el oro; como entre los elementos se eleva superior el fuego; como sobre todos los cielos se sublima eminente el Empíreo; como sobre todos los astros y planetas, descuella el sol presidente de las luces; y como sobre todos los coros de los Angeles, son los mas sublimes los Serafines; así entre todas las virtudes descuella y se aventaja superior á todas, la caridad. (*Cornel. in Deut. cap. 6. vers. 5.*) Ella es el oro finísimo conque compramos los mas inestimables bienes: ella es el fuego celestial y divino que enciende los corazones: ella es cielo Empíreo, en que Dios tiene su habitacion: ella es el sol que todo lo alumbra, lo hermosea, lo fecunda y vivifica: y la caridad en fin, es la virtud que sabe fabricar de hombres, serafines; de esclavos del demonio, amigos é hijos de Dios; y de mercedores del infierno, herederos dichosos de una eterna gloria. Es la que dá vida á las virtudes, la que dá valor á los méritos; es la que nos hace patentes todos los divinos tesoros, y es la que nos abre los cielos;

reina soberana, en fin, de todas las virtudes. Sobre todas las virtudes morales se aventajan las virtudes Teologales, como ya he dicho; porque éstas miran derechamente á Dios, único fin nuestro, y única regla de toda perfeccion; pues aun sobre las otras dos virtudes Teologales, que son la Fé y la Esperanza, se eleva superior la caridad: *Nunc autem, dice San Pablo, manent Fides, Spes, Charitas, tria hæc: major autem horum est Charitas.* La fé es la que nos alumbrá para caminar hácia á Dios; la esperanza es la que nos lleva; pero la caridad es la que nos une y nos dá posesion de aquel fin infinitamente amable. (Guil. Per. de Char. cap. 1.) Por la fé vemos y conocemos aquel bien infinito que hemos de buscar; por la esperanza lo buscamos; pero por la caridad lo gozamos, lo abrazamos y lo poseemos. La fé y la esperanza miran á Dios, pero no sin mezcla de nuestro propio interés. (D. Th. 2. 2. q. 23. art. 6.) La fé mira á Dios, en cuanto alumbrá nuestro entendimiento con sus eternas verdades. La esperanza mira á Dios, en cuanto ha de llenar nuestra alma de su inmensa gloria. Pero la caridad del todo fina, del todo generosa, del todo noble, ama á Dios solo por Dios; se goza del bien de Dios, porque es bien de Dios; se complace de las perfecciones de Dios, porque son perfecciones de su amado. En Dios pára, en Dios sosiega, en Dios descansa. Por eso es la union dichosa que íntimamente junta con Dios el alma. Ella es la lazada por donde se comunica Dios á nuestras virtudes; y es el nudo amoroso, que apretándonos con Dios, hace que sean en nosotros perfecciones, las que sin ella, ni fueran virtudes: *Super omnia, dice San Pablo, Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis. (ad Colos. 3.)*

Ya, pues, fieles, os he mostrado cómo habeis de caminar á Dios por la fé, creyendo sus eternas verdades. Ya he explicado cómo habeis de caminar á Dios por la esperanza, seguros de sus promesas, que habeis de conseguir los inmensos bienes de su gloria; pero temerosos de vuestra flaqueza, que podeis perderla si no correspondéis con las obras y los méritos á sus auxilios. Ambos caminos del todo seguros, del todo necesarios; de modo que si no hay fé, no se verá á Dios; y si no hay esperanza, ni se podrá conseguir la gloria, pues la fé y la esperanza, sin méritos y sin buenas obras, no sirven.

Por eso añado ahora con San Pablo: *Adhuc excellentiorem viam vobis de monstro, (1. ad Cor. 12. v. 31)* ahora sobre esos dos caminos os muestro el camino mas excelente; este camino es la caridad; porque si la fé y la esperanza, para llevarnos al cielo, del todo han menester las buenas obras y los méritos, la caridad es la que nos alienta y nos anima á las buenas obras; ella es la que dá valor á nuestros méritos. Porque sin caridad en el alma, ni hay virtudes que agraden á Dios, ni hay méritos que merezcan la vida eterna; y por consiguiénte, sin caridad, ni hay salvacion, ni hay ver á Dios, ni hay gloria.—¡Válgame Dios! ¡Qué caridad será esta tan preciosa, tan inestimable, que de ella pende toda nuestra dicha? ¡Y quién será el infinitamente dichoso, que tiene en su alma esta joya de valor tan infinito?—¡Qué buenas dos preguntas! ¡Qué cosa es caridad? ¡y quién es el que tiene en su alma la caridad? A esta dos responderé en breve.

*¿Qué cosa es Caridad?* Esta es la pregunta que se nos sigue en el Catecismo. Pero antes de responder, es menester saber que no hablamos ahora

de la Caridad sustancial, Increada y Divina, que es el mismo Dios: *Deus Caritas est*, dice San Juan. No hablamos de aquella Caridad con que el mismo Dios nos ama desde la eternidad: *In Charitate perpetua dilexi te*. Hablamos, pues, de la Caridad criada, de la caridad con que nosotros hemos de amar á Dios. Esta, pues, la explica así el comun de los Teólogos: Caridad es un inestimable dón de Dios;—¿Dón?—Sí, fieles, el mas supremo que Dios nos hace, pues con él nos dá todo cuanto puede dár, que es el ser sus hijos, el ser sus amigos, el ser sus herederos. Dón, porque sin ningunos méritos nuestros, solo por su misericordia y por los méritos de nuestro Redentor Jesucristo, nos lo concede Dios. Dón, porque sin esperar Dios de nosotros mas retorno, mas recompensa, ni mas paga, sino lo mismo que nos dá, nos lo dá y nos lo concede con liberalidad. Caridad, es una virtud sobrenatural, dicen otros; sobrenatural, porque es sobre todas las fuerzas de toda nuestra naturaleza, que jamas por sí solas podrian alcanzarla; sobrenatural, porque nos eleva, nos levanta y nos sublima sobre nuestra naturaleza á hacer obras con que merezcamos la gloria. Caridad, explican otros, es un hábito infuso; (ya saben lo que es hábito infuso) hábito, porque nos facilita á hacer aquello que sin él nos fuera del todo imposible; infuso, porque no pudiendo nosotros con ninguna maña, con ninguna diligencia adquirirlo, nos lo infunde Dios en el alma: *Charitas Dei difusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis*, dice San Pablo.

Y ya, ese dón de Dios, esta virtud sobrenatural, ese hábito infuso, ¿qué hace en nuestra alma? ¿Qué? La hace poderosa para amar sobre todas

las cosas el sumo, el infinito bien, que es Dios, por sí mismo. Con la esperanza amamos los infinitos bienes de Dios; mas los amamos con un amor interesado, porque los amamos como para gozarlos nosotros. Pero la caridad los ama, porque los tiene Dios, se goza de que Dios los tenga, eso es amar á Dios por sí mismo, y ese es el amor de una amistad fina: *Quid mihi est in Cælo?* decia David, *et á te quid volui super terram?* Fuera de tí, Señor, ni quiero nada en el cielo, ni apetezco nada sobre la tierra. *¿Cómo puede ser*, decia aquel corazon abrasado de San Felipe Neri, *cómo puede ser, que quien cree en Dios y lo conoce, pueda amar otra cosa que á Dios?* ¡Oh, Señor! solia quejarse amoroso, ¡Oh, Señor, si eres tan amable, y ademas nos mandas que te amemos, ¿para qué nos diste un solo corazon, y ese tan pequeño? ¿Pero qué busco ejemplares hoy, que tenemos aquel prodigio de la caridad, aquella Rosa, mas que en el rosicler de su hermosura, encendida en el amor? ¿Para qué es este mi corazon, Dios mio, le solia decir á su divino amante, si no se deshace en cenizas por tu amor? Dame aquel amor con que tú á tí mismo te amas; y si nó, ¿cómo he de alcanzar yo á corresponderte? Este amor fué el que la hizo desgarrarse con tantas penitencias, que áun oírlas pone espanto. Este amor fué el que la llenó de tan admirables virtudes. Este amor fué el que la elevó á tan celestiales favores; y este amor fué el que la llenó de tan innumerables maravillas. De modo, que si quisiera individuar, fuera menester referir toda la vida de Rosa, que no fué mas que una tejida tela de caridad. Este ha sido siempre el inmortal acedio de todos los Santos. ¡Oh, qué dijera aquí de las llamas de un Agustino, de los in-

cendios de un Francisco, del fuego ardiente de un Ignacio, de los abrasados éxtasis de una Teresa! No hay tiempo para tanto amor.

Ya, pues, si nuestra caridad ama en Dios la bondad suma, las perfecciones infinitas, donde quiera que alle esas perfecciones retratadas, las ha de amar también. Por eso, pues, se extiende la caridad á amar también á nuestros prójimos, porque siendo imágenes de Dios cada uno, hallamos en ello la razón misma para amarlos. Pero por eso mismo hallamos también la distinción en el modo de amarlos; que los hemos de amar, no por sí, sino por Dios; y no sobre todas las cosas, sino como á nosotros mismos. Este es, pues, el hábito de la caridad, que sus actos de amar á Dios los explicaremos presto en el primer mandamiento. Y vean aquí cómo abraza todo esto en breves y claras palabras el Catecismo: *¿Qué cosa es caridad?* R. *Amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos.*

Sabido, pues, qué cosa es caridad, alma de las virtudes, valor y precio de los méritos, pregunto yo ahora: ¿Quién será el dichoso de todo mi auditorio, que tenga en su alma la caridad?—¡Oh, eso es muy fácil de responder, padre: el que dá muchas limosnas, el que visita los hospitales, el que socorre á los pobres, ese es el que tiene caridad.—¡Ah, fieles! Muy buenas señales son estas; pero aun con esas señales exteriores puede ser que no esté en el alma la caridad. Y si ésta no está en el alma, ¿qué aprovecharán esas obras para el cielo? Nada, nada. Oídselas á San Pablo: *Et si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas, Charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest.* (1 ad Corinth. 19.) Aunque repartiéra uno diez

millones de haciendas en sustentar á los pobres, si no tiene en su alma la caridad, y si así le coge la muerte, nada le aprovechará para no caer en el infierno. ¿Pues qué diremos de los que metidos en la ocasión torpe, dicen que la sustentan de caridad? ¡Ah, caridad! ¿Eso llamáis caridad? Eso es llamas, eso es condenación.

Ya, pues, ¿quién será el que tiene en su alma la caridad? ¿Serán los hombres grandes? ¿los poderosos? ¿los hombres doctos y sábios? Mirad, díjole una vez el Santo Fr. Gil á San Buenaventura, (Faya, Pal. *Amor de Dios. Ex. 23.*) muchos favores os hizo el Señor á vosotros los letrados y doctos, conque le podeis servir y alabar; pero nosotros los ignorantes y rudos, que ninguna suficiencia tenemos, ¿qué podemos hacer para agradar á Dios? Respondióle San Buenaventura: Si el Señor no diera otra gracia al hombre, sino que le pudiese amar, bastára ésta para que le hiciera mayores servicios, que por todas las gracias juntas. Y pregunto yo, dice Fr. Gil, ¿puede un ignorante, un rudo y sin letras, amar tanto á Dios Nuestro Señor como un letrado? Puede, respondió San Buenaventura, puede una viejezuela simple amar mas á Dios que un maestro en Teología. Entonces Fr. Gil, rebosándole el fervor, sale corriendo á la puerta que miraba á la Ciudad, y á grandes gritos decía: ¡viejezuela, pobre, ignorante, rudo y sin letras, ama á tu Dios y podrás ser mejor que Fr. Buenaventura! Y en esto se quedó arrobado por tres horas. ¡Ah, miserable criado! ¡ah, pobrecito despreciado de todos! ¡ah, hombre humilde! ¡ah, muger abatida! ama á Dios, ama á tu Dios y serás mayor que muchos muy grandes Monarcas y Reyes: *¿Quién es delante de Dios el mayor y mas santo?*

R. *El que tuviere mayor caridad, sea quien fuere.* Sea quien fuere, que para la caridad no hay distincion ni excepcion de personas. Y el que no tiene caridad, ¿qué será? Será un demonio, y sea quien fuere. Así lo respondió el demonio mismo conjurándolo una vez en presencia de Santa Catalina de Génova, á que dijese su nombre, y dijo él: *Ego sum spiritus nequam privatus amore Dei.* Soy un espíritu perverso, porque estoy privado del amor de Dios. ¡Ah! pues si un Luzbél, de Que rubin tan bello, tan agraciado, tan hermoso, solo el perder la caridad lo volvió al punto en un Demonio tan fiero, tan abominable, tan horrible; ¡oh! quién será de mi auditorio el que esté en su alma hecho un demonio, porque no tiene en su alma la caridad? *Privatus amore Dei.*

Ya lo dijo bien claro: El que esté en gracia de Dios, ese solo tiene la caridad en su alma. ¿Reconoces en tu alma pecado mortal? Pues no tienes la caridad en tu alma, y estás tan fiero, tan horrible, y tan aborrecible á los ojos de Dios, como el demonio mismo. ¿Pero quieres adquirir esta joya inestimable? ¿esta vida del alma? ¿este tesoro infinito de méritos y de virtudes? Todo eso te ganará una verdadera penitencia, una contricion verdadera, un propósito firme, una confesion entera de todas tus culpas.

Ya, pues, si me preguntan, ¿cuándo nos dá Dios este dón tan precioso? ¿cuándo nos infunde esta virtud sobrenatural de la Caridad? Respondo, que en el Santo Sacramento del Bautismo nos infunde Dios la caridad, junta con la esperanza y con la fé. (Concil. Trid. *ses. 6. cap. 7 & 14.*) Pero despues que por nuestra ruin ingratitud perdemos por el pecado la caridad y la gracia, nos queda solo el re-

medio en el Sacramento de la penitencia, donde disponiéndonos con el dolor de las culpas, y la confesion de ellas, Dios por su infinita misericordia nos vuelve á su amistad, haciéndonos de nuevo hijos suyos con darnos su caridad y su gracia. Y ya, si te es tan fácil ser amigo de Dios, ¿qué dilatas, hombre? ¿qué dilatas? Si en un punto puedes hacerte dueño de la gloria, ¿para qué quieres estar metido en el infierno?

Refiere Erolto en su *Prontuario*, (Ap. Segur. 1. *p. Raz. n. 16.*) que un hombre poderoso y rico, de los que suele haber, mas atento á su hacienda que á su familia; mas cuidadoso de adelantar sus ganancias, que de adelantar con virtudes á sus hijos; lo que descuidó en estos de educacion, previno de ruina á lo que solo cuidaba su codicia. Eran dos hijos y una hija, que dejados á su voluntad, fácilmente se entregaron á sus apetitos; y porque no fuese menester buscar de fuera el instrumento, ellos entre sí, labrándose ruina, le fabricaron al desventurado padre el castigo. Sucedió, (horror pone el decirlo) sucedió, que el menor de los hermanos, dejándose prender en las mas torpes llamas del infierno, se dejó prender en los mas torpes amores de su hermana. La cercanía era fuerte incentivo, las ocasiones muchas, la edad precipitada, la libertad sin freno. ¡Ah, padres! Llegó al profundo la desventurada, que aunque con algunas solapas, no pudo mucho tiempo estar oculta al otro hermano, que empezando por sospechas, acabó luego en evidencias; y dejándose llevar de la justa cólera á tan fiera abominacion, reprendió al torpe incestuoso con asperísimas palabras, á que añadiendo amenazas, prometió que lo sabria todo su padre. Ya estaba el delincuente colérico, viéndose cogido; y

subiendo á lo sumo su furia al verse amenazado, saca un puñal, y dando á su hermano la muerte, sale al punto huyendo de su casa, dejando en ella toda su sangre profanada. Entónces, entónces (¡qué tarde!) llegan con la muerte al mal padre las noticias de la mala vida de sus hijos. ¡Oh, cuántos de ellos con un necio *quién pensara*, aguardan estos ú otros semejantes é infames estampidos! Hizo aquel extremos de sentimiento; y despues de desheredar al torpe fraticida, con todas ansias lo buscaba para darle el castigo. Escondido el matador, sabiendo esto como ladron de casa, supo entrarse una noche en ella, y dejando dormir á su padre, (¡qué horror!) con el mismo puñal que á su hermano, dió la muerte al que le había dado con el sér la vida. Grima pone la fiereza; pero el suceso no me espanta. Todo eso pueden esperar los malos padres; y ya con tales principios, ¿cuáles esperais que fuésen de aquel desventurado mancebo los fines? Huyendo de lugar en lugar, olvidado de Dios, de su Iglesia y de sus Sacramentos, habia pasado algunos años, cuando oyendo alabar el celo apostólico de un gran Predicador, tanto le dijeron, que fué por curiosidad á oírlo. Pero ojalá que así les sucediera siempre á los curiosos. Ponderó el Predicador la misericordia de Dios con que espera á los pecadores, el amor infinito con que los llama, los solicita y los busca; ponderóles con espíritu lo que yo sin él os he dicho, cómo en un punto, con un acto de amor fino y verdadero, podian hacerse hijos de Dios. Labró esto en el corazon de aquel de tal modo, que al punto que bajó el Predicador, pidió confesarse: hizolo enteramente lleno de lágrimas; pero el confesor, antes de absolverle, porque se actuara mas en el dolor y en el propósito, le pu-

so delante de un Santo Crucifijo, ponderándole aquel amor infinito que habia obrado Dios en aquel espectáculo tan lastimoso. Esto le decia, cuando volviendo los ojos lo halló muerto. Aquí las congojas del confesor, aquí las dudas sobre no haberlo absuelto. El dia siguiente en el Sermon pidió á todo el auditorio sus oraciones por aquella alma. Mas estando todos de rodillas, entró volando en la iglesia una paloma blanca, que trayendo en el pico una cédula, la dejó caer á los piés del Predicador; leyó y decia: *Fulano no ha menester vuestras oraciones, porque fué tanto el dolor de sus culpas y el amor de Dios, que quitándole ese la vida, le ha dado ya la eterna que goza.* Católicos, dejad allí las admiraciones, y sacad el fruto. Todos cuántos bienes tiene Dios que dár en el Cielo y en la tierra, todos se cifran en la Caridad: ésta, si queremos, la podemos conseguir en un punto. ¿Quién será el necio que la desprecie? ¿quién será el loco que no la busque? ¡Oh, Dios, hermosura infinita, bien inmenso! ¡Quién te amára como te aman todos los Bienaventurados en la Gloria!